

Cirugías en el comedor

Por Margarita Restrepo Santamaría

Se le hizo fiesta a la instalada de los cuatro primeros sanitarios... y no se erigió un busto a su inventor, porque en esa época no estaban de moda los homenajes.

Muchos curiosos no dejaron de asistir a los entierros, porque estos les daban la oportunidad de montar en carro o coche.

La gente no se moría de cáncer ni de infarto, sino de repente, de tifo, de tisis, de cólico miserere (apendicitis), y las operaciones se hacían en la mesa de comedor de las casas.

No se hablaba de Tren Metropolitano. En el interior de los tranvías se tejían, a paso lento, idilios amorosos que desaparecieron con el ritmo supersónico de las busetas y los circulares.

Los pies, el caballo, el ferrocarril y el barco, eran medios básicos para el desplazamiento de los habitantes de la Bella Villa —a nivel local y nacional—. No existían aeropuertos congestionados, ni la ciudad resultaba tan peligrosa como una suegra con tenis... cuando no se mataba por matar y aún estaba vigente la expresión, "la vida no tiene precio".

Primera mitad del siglo XX. En la Catedral de Villanueva prestaban la llave para subir a la torre. Al turista se le recomendaba llevar de recuerdo libros de Gregorio Gutiérrez González, Epifanio Mejía y Tomás Carrasquilla; monedas o pepitas de oro y sombreros de paja. Una noche en un buen hotel costaba \$3.50 y el alquiler de un automóvil \$4 la hora. El salario mínimo era \$1 en la ciudad y \$0.80 en el campo.



UNA CLASE DE ANATOMIA, EN EL CEMENTERIO DE SAN LORENZO. (Foto Rodríguez).

fosforos luciferos, fueron quedando atrás. La energía eléctrica, instalada a finales del Siglo XIX, desplazaba poco a poco los fogones de carbón de leña. Pero, mientras en 1930 se organizaban concursos tendientes a estimular el uso de la luz para cocinar, hoy se proyectan campañas para apagar bombillas. Hasta esa época estuvo destapada la quebrada Santa Helena, hoy convertida en La Playa de cemento; un riachuelo que hizo las veces de balneario, o de lavandería sin máquinas automáticas ni cajas registradoras.

Se acabaron los sistemas del acueducto primitivo —atanores de barro cocido— que funcionaban por barrios, con tanques centrales para distribuir el agua a las casas. También salieron de circulación las piedras porosas que se usaban como filtros. Llegaron el concreto, las tuberías metálicas y el afán de combatir, de esta manera, las epidemias, la disentería y el tifo. Aún en 1946, se desconocían los sistemas de tratamiento de las aguas y, en la Tacita de Plata, no había más remedio que recomendarle a los ciudadanos hervir el agua.

OJIMETRO

Médicos de saco-leva, sombrero de copa y caballo para salir a recetar, se mezclaban con las parteras y las sobanderas —o antiguas ortopedistas de moda. Los doctores Braulio Mejía, Castrillón, Gil J. Gil, Castro, Miguel María Calle, Montoya y Flórez, Julio Henao, Ernesto Rodríguez, Luis Eduardo Abad, David Velásquez. Y, en caso de cuerdas levantadas, Joaquinita Márquez, Ritica y Misiá Crotalada.

Se le tenía pánico a la lepra y a la tisis. Despertaban preocupación el paludismo, la fiebre amarilla, el cólico miserere. Los niños, al igual que hoy, sufrían de varicela, viruela, paperas y tosferina, y se atormentaban con la creencia de que, en el momento de una purgada, si una lombriz se partía antes de ver la luz pública, el pedazo que quedaba en el interior se iba para el corazón.

No se hablaba de neurosis, sicosis maniaco-depresiva o angustia existencial, sino de nervios, ataques y, mucho adelante, de **histeria femenina**. La hipertensión poco se presentaba y al infarto fulminante lo llamaban muerte de repente. Los doctores no tenían aparatos de Rayos X, sino ojimetro, para detectar los males... y en caso de necesidad, una gran imaginación.

BISTURI EN MANO

Hasta los años 30 —cuando nació el Hospital San Vicente de Paúl— Medellín carecía de establecimientos organizados o aunque fueran desorganizados, como hoy para prestar asistencia pública. Existían pequeñas clínicas:

Montoya y Flórez, Gil J. Gil, La Merced, Noel, El Socorro, Santa Ana... ¡Ah!, y el Manicomio del Bermejál. Porque, en ese entonces, no se habían inventado casas de reposo ni hospitales de salud mental.

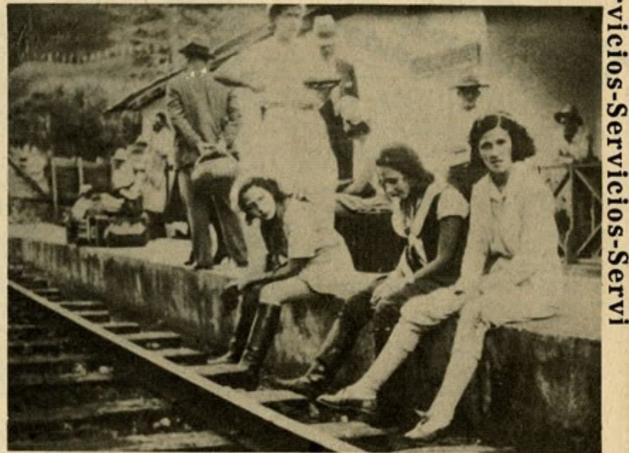
Así que, a falta de salas de cirugía, buenas eran las tarimas o mesas de comedor, para las operaciones. Sin bisturíes a la vista, navajas y cuchillos desinfectados con agua hirviendo o alcohol. En caso de amputaciones, serruchos y seguetas, bandas de trapo con ácido nítrico que se amarraban en el sitio requerido, y aceite caliente para después de la

intervención. Aunque se usaron carretas de gas, éter, cloroformo y cocaína —para contrarrestar el dolor durante mucho tiempo no se descubrieron mejores anestésicos que cuatro tipos con fuerza para tener al paciente, o unas cuantas copas de aguardiente. Y, si se presentaba el vértigo blanco (la muerte en mesa de operación) y el cliente no era católico, casi seguro iba a parar al cementerio laico, un espacio reservado en el cementerio San Pedro que funcionó hasta 1969.

PRIMER DIRECTORIO

La Sociedad de San Vicente amparaba a las viudas necesitadas, la Sociedad de Mejoras Públicas hacía las campañas cívicas. Medellín contaba con orfanato, asilo, dispensario de enfermedades sífilíticas y venéreas, y oficina de accidentes. El progreso de la medicina se dejó ver, pero a paso lento porque, todavía en 1942, el 67% de las muertes de la Bella Villa adoleció de asistencia médica.

Lejos estamos del Medellín que conoció el ataúd del Espíritu Santo... un cajón con rayos azules y paloma blanca en la parte superior (se cargaba con la ayuda de sábanas de lino introducidas en unas argollas late-



LA VIEJA ESTACION BOSQUE (Foto Archivo)

rales), utilizado para transportar a las grandes personalidades a principios del Siglo XIX...; para transportar, porque al individuo se le dejaba en el hueco y el ataúd se reservaba para el próximo muerto.

Lejos estamos, aunque no tanto, de la ciudad que vió su primer directorio, en 1906; un libro de Isidoro Silva editado en tres imprentas, en tres papeles, y cuando apenas arrancaba la nomenclatura de las calles; en el volumen se apreciaba la abundancia de carpinteros, bordadoras, sastres, aplanchadoras, zapateros, sirvientes, comadronas y albañiles; y se informaba sobre la existencia de 23 gendarmes y 4 gerencias —linda cifra para la paz—.

MONEDAS DE CINCO

La capital antioqueña. Tranvía de mulas en 1886; eléctrico, en 1921 y hasta los años 40. Tren en 1909. Buses en 1913 y creación del Cuerpo de Bomberos en 1921. Caballo y pata para múltiples ocasiones.

Coches Landó (de punto o de alfiler) cerrados, o Victorias (con capota), halados por dos caballos y estacionados en el Parque de Berrío, en la Veracruz o en el Parque Bolívar. Tranvías rojos, con letras amarillas, que ofrecían a los estudiantes tarifas reducidas; sistema de

transporte público que contaba con 18 carros —para 50 ocupantes cada uno—, y que, en 1923, movilizó 2 millones y medio de pasajeros. En la primera mitad del siglo fueron famosas las flotas de taxi de Gerardo Escobar, Gavirias y Cías y Tax Imperial de don Gonzalo Mejía; los conductores de cachucha y, entre ellos, un negro buena persona llamado "el jamaicano".

Se vieron motos con carrito adjunto (versión adelantada de los bicicleros de panadería) y los primeros carros de tracción animal que venían en cajas de madera, con planos, por piezas... y propicios para armar en 15 días, con un overol a cuestas. ¿Las marcas?: Lincoln, Pacars, Cadillac, Stokp y un Roll Royce de don Pepe Sierra, millonario antioqueño que en una época supero, en sus haberes, las arcas del Estado.

Quedaron atrás los buses El Emperador, Agárrame que aquí voy y Lucitania; las líneas de tranvías que prestaban su servicio hasta las 11 de la noche a Buenos Aires, Aranjuez, Manrique, Belén, Envigado, Sucre, La América, Robledo, Estación Villa, El Bosque y El Salvador. Y, con ellos, la época en que no se dejaba al usuario esperando dos horas, a la salida del trabajo, y uno podía ahorrarse el pasaje porque, en las esquinas, aún se veían brillar las monedas de cinco...

Remedios de abuela

El boticario fue un personaje importantísimo. Entre las farmacias famosas figuraban la de los Isaza y la de los Gallos. Los médicos recetaban mucho las drogas blancas.

Cucharadas, cápsulas, lociones, expectorantes, papeletas (drogas molidas con un mortero, mezcladas con una espátula, en papeletas, mandaban la parada en asunto de remedios).

¿Cómo combatir los males? Tuvieron mayor valor las medicinas caseras que las pepitas esas, eran superiores, los conocedores de yerbas, al médico superespecializado en curar el "dolor del dedo gordo del pie izquierdo".

Con hambre se trataba la tifoidea, antes de que llegaran las inyecciones. Con inmersiones del enfermo en

agua caliente, se bajaba la temperatura. Para el paludismo, la quinina y luego, la atrepina. Ajo con jugo de limón para la artritis. Bebida de apio o brevo con limón, para la gripa. El dolor de muela coca, (obturada) se atacaba con clavo de olor y el aceite de ricino solucionaba el asunto de la purgada.

Ante el sarampión, salvado o boñiga con saúco. Penca sábila, mango asado y aceite o miel de abejas, para la tosferina. Una cataplasma de linaza contra la bronquitis, y ventosas, en caso de dolores de pecho y espalda.

Se ponían telarañas negras de las cocinas, sobre las cortadas. Polvo de talco o almidón, en las quemaduras. Se tomaba llantén para la úlcera y

agua de cidrón cuando afloraban los nervios. Una pomada fabricada con aguardiente, almidón y alcanfor, combatían el brote del calor. Medio limón caliente era ideal para frotar ronchas. Y dicen que para los piojos y las nigucas un buen remedio lo constituía el jabón negro de Guarne.

¿Cómo frenar la diarrea? con agua de frutas de papaya tostadas o una papeleta de bismuto con tanalbina y carbón vegetal molido. ¿En caso de paperas?: una pomada de yodo de metilo y lana de oveja para cubrir la cara.

Un pasado saturado de medicinas de abuela y en el transcurso del cual también se practicó el régimen del aislamiento: los tuberculosos en La María, los leprosos, en Agua de Dios.

COLABORADORES

Juan Zuleta Ferrer
Juan Guillermo Restrepo Jaramillo
José Gutiérrez Gómez
Bertha de Gómez Martínez
Luz Castro de Gutiérrez
René Uribe Ferrer
Agustín Jaramillo Londoño
Jorge Molina Moreno
Miguel Zapata Restrepo
Samuel Arango Uribe
José Arriola del Valle
Guillermo Echavarría Misas
Joaquín Jaramillo Sierra
Nena Olano de Jaramillo
John Fernández
Alfonso Galvis Duque
Jairo Machado
Alberto Restrepo Restrepo
Jorge Franco Vélez
Yolanda Mejía de Uribe
Roberto Cadavid Misas
José Guillermo Ángel

José Tejada
Luis Lalinde Botero

PERIODICOS - LIBROS Y REVISTAS

Mundo al día (1925-1926)
Índice Colombia (Anuario ilustrado-1931)
La semana (1915-1916)
Repertorio Histórico (1924-1933-1934)
Directorio de Medellín (1906)
El pueblo antioqueño (Revista de la Universidad de Antioquia-1942)
Medellín: Su origen, progreso y desarrollo. Por Jorge Restrepo Uribe. 1981.
Miscelánea sobre la Historia, los usos y las costumbres de Medellín. Por Alberto Bernal Nichols.
Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces. Por Eladio Gónima. 1909.
Testamento del Paisa. 5ª. ed. Por

Agustín Jaramillo Londoño.
La ciudad (1875-1925). Por Agapito Betancur y otros.
Hombres y empresas de Antioquia. Por Alfonso Mejía Robledo, 1ª. edición. 1971.
Crónica Municipal. (1967).
Monografías de Antioquia. Por Heriberto Zapata Cuéncar.
Revista semanal "Sábado". (Mayo, junio y julio de 1921).
Guía Turística de Medellín. (1943).
Obras completas de Don Tomás Carrasquilla.
Dos Siglos de Historia Económica de Antioquia. Por Gabriel Poveda Ramos. 1979.
Una vida, una lucha, una victoria. Por E. Livardo Ospina. 1966.
Antioquia tierra de trabajo y progreso. 1961.
Archivo EL COLOMBIANO
Biblioteca FAES.

HOY **Jueves** de la Candelaria

Es para usted y para nosotros un día especial, un día de Ricas y Maravillosas Sorpresas. Venga, surtase desde el Jueves y disfrute de un fin de semana completo!

Le esperamos en El Poblado, La América y en el Centro Comercial Villanueva.

LA CANDELARIA
Los especialistas en supermercado